

LECCIÓN 09: UNA CIUDAD LLAMADA CONFUSIÓN

Después de haber proclamado a gran voz el evangelio eterno, Juan ve un segundo ángel que surca el cielo, diciendo: “Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación” (Apocalipsis 14:8). Según Apocalipsis 17, Babilonia es una mujer ramera que representa a un sistema religioso que ha apostatado de la verdad y sostiene una relación ilícita con el estado para poder imponer sus dogmas. Es por esa razón que el apóstol Juan afirma que “los reyes del mundo se han entregado a la prostitución con ella, y los habitantes de la tierra se han emborrachado con el vino de su prostitución” (Apocalipsis 17:2, DHH). La mensajera del Señor nos proporciona más detalles sobre la identidad de esta gran confederación del engaño en la siguiente cita: “Se dice que Babilonia es ‘madre de las rameras’. Sus hijas deben simbolizar las iglesias que se atienen a sus doctrinas y tradiciones, y siguen su ejemplo sacrificando la verdad y la aprobación de Dios, para formar alianza ilícita con el mundo. El mensaje de Apocalipsis 14, que anuncia la caída de Babilonia, debe aplicarse a comunidades religiosas que un tiempo fueron puras y luego se han corrompido. En vista de que este mensaje sigue al aviso del juicio, debe ser proclamado en los últimos días, y no puede por consiguiente referirse solo a la Iglesia romana, pues dicha iglesia está en condición caída desde hace muchos siglos” (*El conflicto de los siglos*, 380). En base a lo anteriormente expuesto podemos concluir que en el contexto del tiempo del fin Babilonia engloba toda forma de cristianismo que presenta una imagen falsa del carácter de Dios, como consecuencia de haber rechazado las verdades contenidas en el mensaje del primer ángel, ese “mensaje que Dios había enviado para probar y purificar la iglesia reveló con exagerada evidencia cuán grande era el número de los que habían concentrado sus afectos en este mundo más bien que en Cristo... Al rechazar la amonestación del primer ángel, rechazaron los medios que Dios había provisto para su redención” (*El conflicto de los siglos*, 377-378).

Generalmente, cuando hablamos de Babilonia nos concentramos tanto en su descripción profética, que terminamos ignorando por completo la esencia misma de su siniestro gobierno, lo que a su vez es el motivo de su estrepitosa caída. ¿Cuál es el principio rector sobre el cual está fundado este sistema? Para poder contestar esta pregunta debemos remontarnos al fundador de esta tiranía, que según Isaías 14 es descrito de forma alegórica como el “rey de Babilonia” (Isaías 14:4). ¿Qué motivó la rebelión de Lucifer en el cielo? El profeta nos dice que fue su notoria ego-estima, la cual alucinaba con el siguiente pensamiento: “Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo” (Isaías 14:13-14). Es interesante notar que la primera referencia al imperio de Babilonia en la tierra aparece en la llanura de Sinar, lugar donde se inició la construcción de la torre de Babel. Por cierto, “la palabra “Babilonia” deriva de “Babel” y significa confusión” (*El conflicto de los siglos*, 378). ¿Cuál era el pensamiento que motivó la desafiante tarea de erigir esa

imponente torre? La visión empresarial de estos rebeldes arquitectos y constructores lo dice todo: “Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra” (Génesis 11:4). Elena de White afirma que “los moradores del valle de Sinar establecieron su reino para su propia exaltación y no para la gloria de Dios” (8 *Testimonios para la iglesia*, 226). Resulta evidente que en la mente de estos hombres sólo había cabida para el “yo”. Su empresa tenía por objetivo principal afirmar la capacidad humana y oponerse al pacto de gracia que Dios había revelado al mundo a través del arcoíris (Génesis 9:8-13). Pero la altivez de corazón no sólo se apoderó de Satanás y los edificadores de Babel, sino también de cada rey que ascendió al trono del imperio babilónico. ¿Acaso Nabucodonosor, el monarca más conocido de la dinastía caldea, no cayó bajo las garras de la egolatría cuando exclamo con presunción: “¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder y para gloria de mi majestad?” (Daniel 4:30)? Era obvio que el monarca no tenía problemas con su autoestima; sino todo lo contrario, el peso de su ego era superior a todos los tesoros que adornaban su esplendoroso palacio.

¿Cuál fue el resultado de esta auto exaltación manifestada en Satanás, los constructores de la torre de Babel, los reyes de Babilonia y la mujer ramera de Apocalipsis 17 cuyo nombre es “Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra” (Apocalipsis 17:5)? Todos estos personajes y sistemas cayeron, cumpliéndose así las palabras del proverbista: “Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu” (Proverbios 16:18). Así que, la caída de la gran Babilonia es el fruto de su culto narcisista.

¡Cuán grande es el contraste entre la “sangre del nuevo pacto” que está simbolizada en el vino impoluto de la Cena del Señor, y el vino fermentado del antiguo pacto que Babilonia ofrece, el “vino del furor de su fornicación” (Apocalipsis 14:8)! ¡Qué diferencia abismal existe entre aquel Cordero “que se despojó a sí mismo” (Filipenses 2:7) y derramó su sangre “para remisión de los pecados” (Mateo 26:28), y el poder coercitivo de esa “gran ciudad” (Apocalipsis 14:8) que vive para exaltarse a sí misma y como resultado de su proceder criminal está “ebria de la sangre de los santos” (Apocalipsis 17:6)! ¿Notaste la disparidad entre el gobierno divino y el despotismo de Babilonia? Nuevo pacto versus antiguo pacto, humildad versus egolatría, amor ágape versus amor propio.

Ya hemos descubierto que el orgullo es el principio rector de Babilonia. Lastimosamente, hoy en día, ese mismo principio ha impregnado la mente de millones de personas alrededor del mundo, incluyendo el cristianismo. Babilonia ha cambiado los términos y palabras para vender su esencia, usando una idea más atractiva y aceptable, pero altamente nociva. ¿Cuál es su eslogan actual? La consigna de este sistema putrefacto es “ámate a ti mismo”. Babilonia ha echado mano de la psicología moderna para que el hombre considere que el reforzamiento del ego es algo positivo y necesario. De hecho, esta idea se vende como la panacea a los problemas mentales que aquejan a la sociedad. Sin embargo, la realidad es que, lejos de ser el remedio, la estima propia es la

enfermedad de este siglo. Si no lo crees, basta con que te des una vuelta por cualquier red social, y descubrirás que casi la totalidad de las publicaciones que circulan, tienen por objetivo exhibir el ego sin mayor recato. “Mi cuerpo”, “mis viajes”, “mi profesión”, “mis logros”, “mi conocimiento”, “mi santidad”; son algunas de las temáticas de esta era de egolatría digital.

Es probable que, en el afán de justificar la existencia de este cáncer, algunos recurran a la penosa tarea de usar la Biblia para defender el amor propio; y pregunten en tono desafiante: ¿Acaso Jesús no dijo “Amarás a tu prójimo *como a ti mismo*” (Mateo 22:39)? ¿No es esta una opinión favorable de la estima propia? ¿No está ordenando la Biblia que tenemos que amarnos a nosotros antes de amar a los demás? En primer lugar, el pasaje en cuestión no dice “Amarás a tu prójimo y a ti mismo”, sino “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No podemos pasar por alto el hecho que esta síntesis de la ley fue dada por Cristo a los fariseos (Mateo 22:34), una secta religiosa obsesionada por la búsqueda frenética del aplauso y la dopamina de la adulación. En innumerables ocasiones los evangelios nos muestran que su egolatría era tan grande, que no tuvieron escrúpulos para colocar sus tradiciones y normas religiosas por encima de las necesidades humanas más básicas. Es obvio que Jesús no les estaba pidiendo que se amaran más de lo que ya lo hacían, sino que amaran a los demás con el mismo compromiso y fervor que tenían por ellos mismos. La realidad de esta élite era deprimente, ya que no conocían otro amor más que el propio, así que Jesús tuvo que hacer referencia a ese afecto natural para enseñarles abnegación por sus congéneres. Creo que la forma en como lo traduce la Nueva Biblia Viva expresa más claramente el sentido de las palabras de Cristo: “Amarás a tu prójimo con el mismo amor con que te amas a ti mismo” (Mateo 22:39, NBV).

La obsesión por compatibilizar el evangelio y la autoestima es tan irracional, que algunos han llegado a considerar el amor propio como un tercer mandamiento, tal es el caso del famoso escritor y teólogo luterano Walter Trobisch, quien afirmó que a través de Mateo 22:39 se infiere una “orden de amarse a usted mismo” y que “la autoestima es... el prerequisite y el criterio para nuestra conducta hacia nuestro prójimo” (*Love Yourself*, 11). Este argumento se desploma cuando leemos las palabras de Cristo en el versículo siguiente: “De estos *dos* mandamientos depende toda la ley y los profetas” (Mateo 22:40). ¿Lo notaste? No hay tres declaraciones resumidas de los mandamientos en Mateo 22:37-39, entre ellas el amor propio; sino solamente dos: amor a Dios y amor al prójimo.

Las Escrituras no avalan el concepto de autoestima; al contrario, lo rechazan enérgicamente. Textos bíblicos como el siguiente confirman ese hecho: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mateo 16:24). Lo mismo sucede con los testimonios, Elena de White dijo que “el que se ama a sí mismo es un transgresor de la ley” (*Palabras de vida del gran Maestro*, 23), y que “el orgullo y la estima propia no pueden florecer en los corazones que mantienen frescos los recuerdos de las escenas del Calvario” (*2 Testimonios para la Iglesia*, 191). Con esto no estoy diciendo que el hombre no tiene valor alguno. De hecho, sí lo tiene. Pero ese valor no se basa en lo que él es capaz de hacer, sino en lo que Cristo hizo por él en la cruz del

Calvario (1 Corintios 6:20). En otras palabras: su valor no reside en su amor propio, sino en el amor ágape de Dios por él. Ese amor impulsará al hombre a vivir, no para sí mismo (1 Corintios 13:5), sino para glorificar a Dios y servir desinteresadamente al prójimo, “estimando... a los demás como superiores a él mismo” (Filipenses 2:3).

El notable rechazo que estas dos fuentes autorizadas de verdad (la Biblia y los testimonios) manifiestan por la esencia misma de Babilonia, se debe a que la autoestima es la antítesis de la justificación por la fe, la cual fue definida por Elena de White como “la obra de Dios que abate en el polvo la gloria del hombre, y hace por el hombre lo que este no puede hacer por sí mismo” (*Testimonios para los ministros*, 456). La artimaña del amor propio tiene por objetivo final que el hombre pisotee el sacrificio de Cristo, el cual constituye la expresión máxima de humildad y abnegación; y por ende desprecie el sello del sábado, que es en principio una “marca de redención” y “señal de la cruz del Calvario” (*7 Comentario bíblico adventista*, 980). Al final de los tiempos el diablo usará el engaño de la autoestima para que las multitudes reciban la marca de la bestia, y así tener garantía de estabilidad y supervivencia en un mundo donde ya no existirá más la libertad de conciencia. El amor propio conducirá a millones de personas a hacer lo que sea necesario para tener asegurado el ejercicio de sus derechos civiles, aun si esto implica situarse en abierta rebelión contra la ley de Dios.

Es lamentable decirlo, pero muchos opositores de Babilonia están íntimamente vinculados con ella y beben la esencia de su vino cuando abrazan con ahínco el falso sistema de salvación que esta promueve: un pacto obsoleto donde las promesas de la gracia de Dios son desechadas para buscar la redención del pecado mediante la astucia, el ingenio y la capacidad humana. Multitudes de creyentes piensan que no necesitan de la gracia de Dios para su progreso espiritual. En su estado de tibieza laodicense se felicitan a sí mismos con las siguientes palabras de autoafirmación: “Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad” (Apocalipsis 3:17). Con altanería y extrema soberbia exclaman: “Nosotros podemos arrepentirnos sin que la benignidad de Dios nos guíe al arrepentimiento, nosotros podemos creer sin tener la fe de Jesús, nosotros podemos obedecer sin recibir la promesa que ‘Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad’” (Filipenses 2:13), “nosotros podemos reformar nuestros hábitos de salud sin necesidad del poder de la gracia, nosotros podemos perfeccionar nuestro carácter y vencer el pecado mediante el auto refinamiento y la gran fuerza de voluntad que tenemos... En fin, nosotros podemos salvarnos sin Cristo, no lo necesitamos” ¿Notaste el problema de esta forma de pensar? “Nosotros,... nosotros,... nosotros,... nosotros,... nosotros,... nosotros”. Sin embargo, la realidad decadente de esa alta estima religiosa es desenmascarada por el mismo Cristo: “No sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo” (Apocalipsis 3:17). ¡Oh, mi querido hermano! Esa es nuestra verdadera condición. No hay de qué gloriarse. Sólo la justicia de Cristo es el remedio eficaz y definitivo para nuestra miseria, pobreza, ceguera y desnudez. ¡Sólo la justicia de Cristo puede transformarnos! Dejemos de dar vueltas en ese círculo vicioso de la estima propia, y contemplemos a aquel que tiene el poder de romper nuestras cadenas y darnos la libertad que tanto anhelamos.

Deseo concluir este comentario a lección de esta semana con un fragmento de una predicación del pastor A.T. Jones, el cual aparece transcrito en el Boletín Diario de la Conferencia General que fue impreso el 27 de febrero de 1893. Estos párrafos son una paráfrasis magistral de Mateo 7:21-23, e ilustran el contraste entre los dos grupos que existirán en aquel gran día: los que pusieron su mirada en sí mismos —“nosotros”: el “yo” colectivo— y se amaron hasta lo sumo; y aquellos que pusieron su mirada en Jesús y permitieron que la cruz extirpara todo vestigio de autoestima:

“En ese día habrá dos grupos. Ante la puerta cerrada algunos querrán entrar y dirán: ‘Señor, ábrenos; queremos entrar’. Alguien les preguntará: ‘¿Qué habéis hecho para entrar aquí? ¿Qué derecho tenéis para entrar en la heredad?’ ‘Te conocemos bien. Hemos comido y bebido en tu presencia; tú has enseñado en nuestras calles. Sí. Además, hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre hemos echado demonios y hemos hecho muchas maravillas. Señor, ¿no es esa evidencia suficiente? Ábrenos la puerta’. ¿Cuál es la respuesta? «Apartaos de mí, obradores de maldad». ¿Cuáles fueron sus razones? *Nosotros* hemos hecho muchas y grandes cosas. *Nosotros* somos buenos. *Nosotros* somos justos. Ábrenos la puerta. Pero allí de nada vale el ‘*nosotros*’. Habrá otra compañía en ese día: una gran multitud que nadie puede contar de entre toda nación, tribu, lengua y pueblo, dispuesta a entrar por las puertas. Y si alguien les pregunta, ‘¿Qué habéis hecho para entrar aquí? ¿Qué derecho tenéis para entrar?’, su respuesta será: ‘No he hecho nada en absoluto para merecerlo. Soy un pecador que dependo únicamente de la gracia del Señor. Era tan desgraciado, tan rematadamente cautivo; estaba en tal esclavitud, que nadie hubiese podido librarme excepto el Señor mismo; tan miserable, que todo cuanto podía hacer era tener al Señor siempre a mi lado para consolarme; tan pobre fui, que tuve que pedir constantemente al Señor; tan ciego, que sólo el Señor pudo hacerme ver; tan desnudo, que nadie pudo vestirme sino el propio Señor. Todo cuanto puedo presentar es lo que Jesús ha hecho por mí. Pero el Señor me ha amado. Cuando clamé en mi desesperación, él me libró; cuando en mi miseria busqué amparo, él me consoló sin cesar; cuando en mi pobreza le pedí, él me dio riquezas; cuando en mi ceguera le pedí que me mostrara el camino, él me llevó a todo lo largo de la senda y me hizo ver; cuando estuve tan desnudo que nadie podía vestirme, me dio este manto que llevo puesto; y así, todo cuanto puedo presentar, lo único que me permite la entrada, es nada más que lo que él hizo por mí. Si eso no es suficiente, entonces me quedaré sin entrar, y eso será justo. Si se me deja fuera, no tengo ninguna queja que hacer, pero ¿acaso eso no me calificará para poseer la heredad?’”

Autor: Oscar Pacheco



<https://www.facebook.com/photo?fbid=773993080835215&set=a.590705622497296>